



Sin más respuesta
que el silencio

Christian Martínez Silva

Samuel está sangrando en la parte trasera de un coche patrulla. Los dos policías han hablado entre sí y el adolescente conoce su destino: el matadero. Nunca debió haber dejado atrás Valdeaceras, un barrio marginal del extrarradio de Madrid sacudido por las drogas en los años 90, pero durante los primeros días del siglo XXI pasó a vivir en Villarroza, un pueblo de clase alta en la sierra madrileña. El entusiasmo y la ilusión por prosperar de su familia contrastaron con el hastío de Samuel, que se vio sumergido en una serie de problemas gracias a la superficialidad y clasismo de sus nuevos vecinos. Ahora tiene a dos carrozas uniformados moliéndole a patadas y a porrazos, le han partido una mano, han fingido encontrar droga en su mochila, y lo único que desea es quedarse inconsciente...

Agradecimientos

Quiero agradecer pensando en el pasado. Gracias, Pablo, por venir a mi mente cada vez que escucho la palabra infancia, por tu cojera, por tus vaciles a los camareros de los bares que transitábamos, por tu «Póngame una caña y un Rialcao pal niño», por tu sonrisa, porque cuando me contaste que eras analfabeto yo pensé que aquella palabra sería un sinónimo de inteligente, por transformar tus recuerdos trágicos en divertidos discursos, por las vecinas del barrio a las que sorprendí devolviéndote parte de lo que les prestabas mes a mes porque tenían pensiones insuficientes, por permanecer vivo en cada resquicio de mi alma.

Quiero agradecer pensando en el presente. Gracias, Clara, por todo el empuje y todo el ánimo que me has dado para publicar esta novela. Contigo esta novela es mucho mejor de lo que habría sido sin ti, y esta vida, y este mundo... Porque si tus ojos son tan lindos es porque reflejan parte del alma más noble con la que me he topado nunca, por tu forma tan inocua de amar brutalmente, por tu sensibilidad para empatizar con los más vulnerables y por tu fortaleza para hacer todo lo posible por mejorar sus situaciones. Porque ni en cien vidas escribiendo llegaré a saber nunca expresarte ínfimamente cuánto te agradezco todo.

Quiero agradecer pensando en el futuro. Gracias, Erik, por arrebatarme el papel protagonista en mi propia vida, por estos cuatro años preguntándome cómo puede haber un corazón tan grande en un cuerpo tan pequeño, por tus carreras con su salto y su abrazo correspondiente cada vez

que me ves, porque no hay nada más bonito que el sonido de tu voz gritando «Papá», por hacerme crecer observando cómo creces, por tus besos estruendosos, por tus ocurrencias graciosas, por las salas que has iluminado con tu sonrisa, porque gracias a ti sé que puedo amar más de lo que nadie pueda amarse a sí mismo, porque eres —y serás siempre— el mayor orgullo de mi existencia.

Prólogo

La inercia del frenazo hizo que su cabeza se estampara contra la reja de protección del coche patrulla. Las muñecas, esposadas en su espalda, le habían imposibilitado cubrirse antes del impacto. Notó un ligero mareo; los ojos vidriosos le nublaban la vista y la primera gota de sangre ya alcanzaba su cuello tras haberse deslizado por la mejilla.

—Este y los siguientes golpes que recibirás, te los has hecho al caer por la escalera, cuando intentabas huir de nosotros —dijo el policía de mayor edad, desde el asiento del acompañante.

—Cabrones de mierda —susurró Samuel—. ¿Creéis que alguien se tragará que dos carrozas pasados de kilos podrían cogerme si huyera?

—Si lo contamos nosotros, no. Pero confesarás, contarás la versión de los hechos tal y como yo te diga. De lo contrario, mi hijo me ha facilitado una lista de nombres de personas que pueden pagar las consecuencias. ¿Imaginas la cara de Lucía Velasco o de Patricia Velázquez chocando contra esta misma rejilla?

El vehículo comenzaba a coger velocidad de nuevo. Las naves antiquísimas del polígono industrial se veían desenfocadas a través de los cristales laterales. Samuel se preparó antes de que el conductor volviese a pisar el freno a fondo. Se recostó y subió sus rodillas hasta apoyarse con ellas en el respaldo del asiento delantero. En aquella ocasión, la inercia apenas le hizo variar la postura.

—Parece que el niño ha encontrado la manera de evitar el golpe contra la reja —comentó el copiloto al conduc-

tor, mientras miraba fijamente a Samuel—. Necesito verte sufrir un poco más, necesito tener claro que no volverás a molestar a nadie en Villarrosa.

—Te lo vas a pensar dos veces antes de molestar a nadie en Villarrosa.

—La primera vez que abres el pico y es para repetir prácticamente lo mismo que ha dicho tu superior —Samuel hablaba dirigiéndose al espejo retrovisor, donde se encontraban los ojos del conductor—. Qué facilidad de palabra.

No lograba entender por qué no sentía miedo. Se encontraba en ese cubículo maniatado, sintiendo el dolor en su frente, con dos tipos armados deseando machacarle y no temía por sí mismo. Tal vez fuese el alcohol, tal vez fuese la adrenalina o tal vez, simplemente, sentía no tener nada que perder.

—¿Vamos al matadero, sargento?

La pregunta no pareció una pregunta y al compañero no le quedó más repuesta posible que asentir con la cabeza.

El matadero era un edificio gigantesco con aspecto de llevar varios años sin estar operativo. Antes de llevarlo a rastras hasta aquella sala tétrica, uno de los policías había confirmado la ausencia de testigos. Las manchas de sangre en las paredes agrietadas, relataban la historia de horror de innumerables animales que habían encontrado allí su fin, el esmalte de grafitis, carentes de sentido, se mezclaba con el plasma sanguinolento salpicado por las paredes. Solo sus pasos, las goteras y la respiración fatigada del sargento, impedían un silencio total. El olor a muerte impregnaba su nariz hasta generarle mal sabor de boca.

Percibía cómo la lluvia se intensificaba en el exterior cuando notó el tacto de una bota barriéndole ambas piernas. Cayó sobre su costado derecho, seguidamente otra bota era incrustada en su estómago y algo, no percibió exactamente qué, impactaba en su hombro izquierdo.

Probablemente este último golpe iba destinado a mi cabeza, pensó Samuel.

—¿Qué opinas ahora de mi facilidad de palabra?

—Opino exactamente lo mismo, gilipollas. —La voz de Samuel era prácticamente un gemido—. ¿Crees tener mejor vocabulario por saber dar patadas?

Los ojos del policía estaban desbordados de ira. Tras varios improperios, estampó de nuevo la puntera metálica de su calzado y su porra, repetidas veces, en el cuerpo de Samuel. El sargento disfrutaba de la escena a escasos metros de distancia, sacó un pitillo, un mechero, se lo encendió y, de cuando en cuando, llamaba escoria al guiñapo del suelo. El joven recibía golpes sin parar. Desesperado, lanzó una patada que no encontró al agresor y tuvo como resultado recibir dos porrazos más en la cabeza.

—Es una puta rata, este mierda no tiene arreglo —dijo el matón, sin ocultar cierta fatiga.

—Tenemos muy fácil joderte la vida, chico. Deberías mostrar un poco más de respeto.

El sargento se aproximó por su espalda y pisó la mano izquierda del chico apoyando todo su peso. El grito recorrió cada rincón de aquel inhóspito lugar. Samuel sabía que le había fracturado alguno de los huesos del dedo pulgar. El policía con menos labia que una medusa quiso parar el chillido propinándole un puntapié en la boca. Además de conseguir su objetivo, a Samuel le hizo perder la orientación por unos segundos.

«Qué forma de encajar golpes. Probablemente seas el peor pegador que he visto nunca, pero aguantas en pie como nadie. A veces, besar la lona te evita muchas palizas». Recordó a su entrenador de boxeo; un tipo fornido que, cuando fue más atlético, había tenido la oportunidad de luchar por el cinturón de campeón mundial del peso wélter. Unos cuantos minutos con él eran suficientes para entender por qué lo llamaban Nervi. Tras su paso por cuadriláteros de distintos puntos del mundo, decidió volver a su barrio

de toda la vida y fundar una escuela gratuita para que los chavales pasasen menos tiempo en las calles.

Besaré la lona, Nervi, pensó Samuel.

—¡Para! ¡Para! —comentó el sargento, mientras buscaba el pulso del chico—. ¡Joder! Te has excedido. Ahora sí que no es creíble que todo esto se lo hiciera cayendo por una escalera.

—Usted le pisó las manos, pensé que necesitaba más agresividad.

—El chaval lleva razón, eres realmente estúpido. Una mano magullada puede verificar que ha caído sin estar esposado y ha intentado agarrarse o cubrirse. Tanto golpe en el vientre y en la cabeza no cuadraría. Tengo que pensar algo.

—¿Está inconsciente?

—Sí, pero tiene pulso y respira.

A Samuel le estaba costando más de lo que imaginaba hacerse el muerto; el dolor le encogía el cuerpo y era muy complicado respirar pausadamente. Pero no le quedaba otra opción; ganar esa tregua, había sido un éxito. Escuchaba con atención a los agentes de seguridad del Estado.

—Esto no tiene nada que ver con lo de aquel vagabundo. Si este chico vive en Villarrosa es porque sus padres tienen pasta. Con un parte de lesiones como el que conseguiría ahora mismo, con nuestra descripción y con nuestra ausencia durante este tiempo en comisaría, un buen abogado podría jodernos la vida.

Samuel simuló volver en sí cuando notó que lo alzaban para llevarlo de nuevo al coche patrulla. Miró a un lado y a otro, fingiendo estar desubicado y decidió no hablar durante un buen rato. Asentía o negaba con la cabeza para responder unas cuantas preguntas absurdas que le hizo el sargento. Repentinamente, lo incorporó y abrió con la llave los pequeños cerrojos de las esposas.

—Creo que tienes claro lo que te puede pasar si vuelves a tocar a nadie en Villarrosa. —El sargento hablaba con al-

tanería—. Por el momento olvidaremos la cocaína que hemos encontrado en tu mochila, olvidaremos la sanción y evitaremos el papeleo. Te dejaremos a un par de kilómetros de tu casa, irás andando y dirás a tus padres que esto te lo han hecho dos o tres tíos que te han robado.

—¿La cocaína? Sois dos hijos de puta. —Samuel tosió, escupió sangre y continuó—. ¿Tengo que decir que me han robado? ¿Es lo mejor que se te ocurre? Yo nunca llevo nada de valor.

—Di que llevabas cinco mil pesetas, y... sí, el *discman* de tu mochila, te puedes despedir de él, hazlo desaparecer.

—Supongo que no me queda otra. —El adolescente agarraba su muñeca izquierda; sentía palpitaciones en la mano y no era capaz de que dejara de temblar. Al fin veía una salida—. Haré lo que me digas.

—¿Ves como no es tan difícil? Cuando cuentes lo del robo, tus padres querrán denunciar, yo mismo tomaré declaración de tu denuncia falsa en comisaría. Si no apareces por allí hoy, haré que te arrepientas.

—Está bien, pero os advierto...

—No estás en situación de advertir —interrumpió el policía insulso.

—¿En qué película escuchaste esa frase, genio?

La sangre en el rostro de Samuel no ocultaba su gesto de arrogancia. Los policías se miraban entre sí y no sabían si continuar apaleándolo o dejar que continuase hablando. Se produjo un silencio, se cruzaron mil pensamientos y Samuel alzó la voz antes de que la tensión derivase en otro ataque.

—Lo que iba diciendo, mi padre tiene muy buen abogado, haré lo pactado, iré a por el parte de lesiones y a comisaría a continuar con todo este circo, pero como me volváis a molestar puedo encargarme de que os quedéis sin trabajo. No sé en cuanto tiempo prescribiré esta mierda, pero hasta entonces podré cambiar la versión y contar la verdad.

El policía raso intentó aportar alguna de sus impertinencias, pero el sargento le chistó antes de que alguien pudiese entender algo de lo que intentó decir. Miró a los ojos al adolescente, se dirigió hacia él, le agarró del brazo y lo llevó hacia el vehículo policial.

El coche se aproximaba a Villarrosa a una velocidad moderada. En su interior, los ocupantes estaban situados en los mismos asientos que en el trayecto anterior. Ninguno de los tres habló, ya estaba todo dicho. A Samuel, por desgracia, le había abandonado la tensión que le distraía de su daño físico; la tortura no había cesado, cada uno de los golpes recibidos se reflejaba de nuevo en sus sentidos pero lo más doloroso era, sin lugar a dudas, su mano, que se mantenía agarrotada y palpitante. El conductor frenó, esta vez sin pisar el pedal a fondo.

—Baja aquí y, recuerda, no hagas ninguna estupidez, todos podemos salir perdiendo. Te veo en comisaría en un par de horas.

—Exacto, todos. Hazte un favor y cambia de machaca, sargento.

Fue casi mecánico, en el momento que Samuel salió, la lluvia pasó de ser llovizna a torrencial. Por una parte lo agradeció, le aclaraba el cuerpo y la mente de la misma manera que un chubasco aclara una ciudad contaminada. Las luces del coche se perdieron rápidamente en la lejanía. El malherido adolescente caminaba como tal, calculó unos cuarenta minutos de trecho y se perdió en sus pensamientos. Maldecía haber llegado a esa situación. Recordaba con nitidez el día que su vida cambió radicalmente, el primer día lejos de Valdeaceras.

I

Otra vez ese maldito pitido percutiendo su tímpano, otra vez a apagar de un manotazo, ese despertador horroso, conteniendo la fuerza para no romperlo. Siempre comenzaba a sonar cuando estaba en lo mejor del sueño; en esta ocasión, lo despertó cuando se empezaba a acostumar a su nuevo colchón. El olor a pintura y la humedad de la reforma recién finalizada habían hecho que no fuera la mejor de sus noches. Observó a su alrededor; su habitación le parecía inmensa para una sola persona, un armario inmenso, un escritorio inmenso, una cama inmensa... Los grises predominaban la estancia. Nada, excepto las pegatinas de grupos de *rock* de su viejo ordenador, delataba que el dormitorio perteneciese a un chaval de quince años.

—¡Samuel! ¡Son casi las ocho! —gritó su madre desde la escalera y el eco denotó que a la casa aún le faltaban muebles para considerarse hogar.

—¡Aún quedan veinticinco minutos, Juani! —contestó.

A ella no le gustaba que la llamaran Juani. Desde que su hijo se enteró, ya nunca la volvió a llamar mamá.

Parecía que la nueva vivienda no iba a cambiar ciertos hábitos familiares. Su hermana, su padre y su madre desayunarían juntos mientras le gritaban para que hiciese acto de presencia. A Samuel no le daría tiempo; apuraría el reloj y, cuando considerara oportuno, comenzaría a correr a toda máquina, vistiéndose y lavándose levemente la cara.

Era una mañana de enero. Cuando salió del cuarto de baño, miró por el ventanal del pasillo. El paisaje, en esa zona de la urbanización, no era espectacular, pero se palpaba

el cambio de la ciudad a la montaña. Por esa cara de la casa, no se veían apenas viviendas vecinas. Cerca, había un prado y los árboles se apelmazaban dibujando la orilla de un pequeño arroyo. Al otro lado de la explanada de hierba, se divisaba la carretera que llevaba al centro del pueblo de Villarrosa. Se intuía el frío del exterior por el aspecto blanquecino que le daba el hielo al césped. El interior de la valla, que delimitaba la propiedad de sus padres, mostraba un aspecto descuidado ya que la parte del jardín no estaba acabada aún. Samuel sabía que le tocaría invertir esfuerzo hasta que lo estuviese.

Bajó la escalera que llevaba a un salón que parecía estar decorado por personas mucho más mayores de lo que eran sus padres, lo cruzó y entró a la cocina.

—Lucía, yo ya estoy listo —avisó a su hermana con voz rota. Observó que su familia ya había acabado de desayunar; tenían energía y aspecto de llevar horas despiertos. Él pensaba a menudo que debía ser adoptado.

—¡Yo también Sam!

—¡Joder, Samuel! Ni te has peinado —le recriminó su padre.

—Tú tampoco Feli —contestó a Feliciano. Su padre era completamente calvo. También dejó de llamarle papá cuando descubrió que Feli le resultaba molesto.

—Muy gracioso, esto no es Valdeaceras, niñato. Aquí los chicos tienen más clase, no puedes ir a tu primer día de instituto con esos pelos, esas cuatro cadenas de plata, esa chaqueta de cuero desgastada. Esta misma semana iremos de compras. ¡Quítate las cadenas!

—¡Claro que sí! Ahora mismo, Feli. —El tono desafiante de Samuel mostró que haría caso omiso—. ¿Vamos a la parada del autobús, Lucía?

—¿Seguro que no queréis que os lleve en el coche? —preguntó alegremente Juana, deseando una afirmación por respuesta.

—Gracias mamá, no queremos parecer niños mimados el primer día. Sam y yo iremos en el autobús, como todo el mundo. —La madre asintió antes de que Lucía acabase de hablar.

Juana y Lucía se despedían como si fuera la última vez que se fueran a ver en meses. Juana lo intentó de la misma manera con Samuel, pero este no acompañó con el mismo énfasis; estaba más pendiente de coger algo para el almuerzo que de los arrumacos de la madre. Otro ritual que no variaría a pesar de la nueva vida: cada mañana, el chico cogería uno o dos tomates, varias servilletas y su salero correspondiente, Juana le recordaría «No te pases con la sal» y Feliciano replicaría con un «¡Pero este niño! ¿No puede almorzar un sándwich como todo el mundo?».

La pareja de hermanos salía mientras el padre miraba su periódico y su madre los seguía con aire nostálgico. La parada del autobús, que hacía la ruta escolar, estaba al otro lado de la calle, frente a la puerta principal de su casa. Solo dos personas más esperaban el transporte: una señora muy abrigada con rasgos sudamericanos y una niña, menor de cinco años, con ojos azules, tirabuzones rubios y una sonrisa más grande que su propia cara. Los cuatro se saludaron amistosamente.

—¿Qué tal la primera noche sin compartir habitación con tu hermanita?

—Pues me he dado cuenta de que tendré que acostumbrarme al silencio, tus ronquidos se habían convertido en una especie de somnífero para mí.

Lucía le dio una pequeña colleja mientras reían. La señora sonrió al escuchar la broma, y la niña rubia seguía sin soltar su enorme mueca de felicidad. La pregunta de su hermana le había hecho recordar la que, un día antes, era su diminuta vivienda. Allí era todo tan recogido, tan acogedor, tan práctico. El salón y la cocina se dividían por algo similar a una barra de bar. En su habitación, Lucía dormía en la parte de arriba de la litera. Al ser un año mayor, había te-

nido la opción de elegir y a él nunca le importó estar en la cama inferior. Estaba seguro de que esa sensación de calidez no la tendría nunca en su nueva casa.

El autobús se asomaba al final de la calle, aunque aún no estaba cerca, en el luminoso se podía leer LAUDE, el nombre del colegio privado. Un colegio privado ¡Qué horror!, no sabía cuántas veces había repetido en su cabeza ese comentario; tantas semanas y semanas viéndose arrastrado por todo ese optimismo y felicidad de los tres miembros de su familia. Se sentía maniatado mientras le arrastraba la ola que lo dirigía directo a una nueva y gigantesca casa, a abandonar ese territorio hostil de Madrid que él consideraba su hogar, a un colegio privado repleto de instalaciones impecables, a una urbanización de gente pudiente. Entre todos los conceptos que generaban ilusión a su familia, a Samuel le costaba elegir el que le resultaba más repugnante.

El sonido de los frenos y las puertas abriéndose ante sí, le hicieron abstraerse de sus reflexiones. Se colocó a un lado de la puerta y quiso ceder el paso a la diminuta criatura sonriente.

—Señorito, no se preocupe, ella va en el autobús de los pequeños, este es el de ESO y Bachiller —contestó con amabilidad la señora.

—De acuerdo. Adiós, pequeñaja. —Samuel hizo un guiño a la simpática cría.

Subió la escalera tras Lucía. Ella saludó al chofer que era un tipo rechoncho, sin barbilla, con cara de haber pasado mala noche y de no haberse alegrado en la vida. Agarraba la palanca para cerrar mecánicamente la puerta de entrada y los miraba despectivamente, deseando que se retirasen para poder accionarla. Su hermana buscaba dos asientos libres juntos. Los descubrió al echar un vistazo al fondo del pasillo. Los chicos y las chicas del interior eran muy similares entre sí: ellos con jerséis de punto y chaquetas con logotipos de marcas que ocupaban gran parte del pecho,

peinados repelentemente con media melena y flequillo volcado hacia un lado gracias a media hora de secador. Ellas parecían todas hermanas, el mismo pelo liso, el mismo maquillaje, abrigos muy estilizados y bufandas al cuello de diversos colores. Ellos y ellas tenían otro factor en común: no saludaban, solo miraban de arriba a abajo. Samuel percibía cómo su hermana gustaba a varios de los ocupantes del vehículo; a medida que avanzaban por el estrecho pasillo los peinados iban girando la cabeza. Lucía era muy guapa, tenía una melena abundante totalmente negra, piel muy clara, ojos ligeramente rasgados, labios carnosos. También era una obsesa de la moda, siempre iba acorde a la última tendencia. A él, normalmente, no lo definían como guapo ni como feo, pero no pasaba desapercibido. Tenía bastante pelo, prefería llevarlo largo porque su melena era tan rizada que crecía hacia el cielo; era lo más similar que existía a un pelo afro rubio. Si recibía un halago, por lo general, era referido a sus ojos avellanados de color miel. Samuel suscitaba unas miradas diferentes por parte de sus próximos compañeros y compañeras de instituto, que dirigían sus ojos hacia él con una expresión facial que denotaba una prepotencia impropia en jóvenes de esa edad.

Tomaron asiento. Durante el trayecto, no paraba de pensar: ¿Esa mujer me ha llamado señorito? ¿Cuántos autobuses tiene este colegio? ¿Qué estaban pensando cuando contrataron a un tío con esa cara para llevar chavales de un lado a otro? ¿Por qué todos estos gilipollas se creen mejor que yo?

Lucía le puso la mano en la pierna. La miró, e incomprensiblemente, notó que estaba contentísima.

—¡Qué bien Sami! ¡Nos recogen en la misma puerta de casa!

—Mmm... Sí, es sensacional. —Arqueó una ceja para acentuar la ironía.

Lucía estaba encantada, en realidad solo llevaba unas horas allí y ya sentía que ella era mucho más afín a Villarro-